

Miguel Ángel Asturias, casi novela*

Luis Cardoza y Aragón

Yo escribo sobre Asturias porque Asturias escribió Hombres de maíz.

* * *

Nunca fue mi propósito discurrir sobre cada uno de los libros de Asturias. He tomado con solicitud y sin academismo aquel en el cual encuentro más su estilo de ser, aquel en el cual siento que ha superado su excepcionalidad: Hombres de maíz (1949), de prosa cantante como todas las suyas, oralmente escrito con ritmo, la estoy soñando. Soñando al hombre de maíz en la novela mía, que lleva el nombre de mi amigo. Mi novela es como si quisiéramos descubrir la infancia, descifrar el embrión mismo, la raíz y la flor; y pronto vemos que quienes lo intentan se quedan dando manotazos a la sombra. ¡Qué belleza!

* * *

He abierto las páginas de Hombres de maíz al azar, para aprehenderla fragmentada en un episodio, y el resultado ha sido semejante a que si la leyese entera, gozo en fragmentos la inestabilidad de lo real. Hombres de maíz es un sueño y una pesadilla de augurios y supersticiones de chamanes, a veces con acento de códice, con refocilaciones coloquiales, escrito cuando Asturias habitaba su libidosa mansión en las nubes.

* * *

* Collage realizado a partir del libro de Luis Cardoza y Aragón: *Miguel Ángel Asturias, casi novela*, México, Era, 1991.

Hombres de maíz es ante todo lo que pienso de ella, la novela; y es lo que pienso de él, su autor y el personaje. Si me inventé una novela es porque la novela mencionada tuvo capacidad para incendiar mi ánimo; doy ese incendio. Me enamoré de los fieles instantes de la novela cuando ya no es meramente discursiva, cuando se aleja de lo real sensible y se manifiestan sus potencias inconscientes y las mías.

* * *

A Hombres de maíz, unidad y estructura y lenguaje, entrego mi preferencia. ¿No es el más adentrado de sus libros? Parece evocación de un informante poeta, es su retrato en el cual palpamos sus extremos y realidades insólitas; al propio tiempo, es el menos «occidental» de sus libros. Para mí, el más hermoso. A mí me atrae que la novela se convierta en mitología y no que la mitología se convierta en novela. No hago vaticinios al confesar mi prioridad por Hombres de maíz, así lo sienta a veces colmado de giros o metáforas «indígenas». Se trata de un libro de relatos maravillosos para los cuales inventó un lenguaje que a no pocos fatiga por recargo de hechizo. Es una creación rústica, a la vez (si tú me entiendes), exquisita y espléndida, casi sin nada directo de los clásicos libros indígenas (Popol Vuh y demás) que le hubiesen dado tufo de pastiche, por lo cual creó, precisamente, un gran libro. Me deleita su inhumanidad; quiero decir su sobrehumanidad, como decimos realidad y surrealidad. Y quedémonos ahí, algo me expliqué ya sobre el coro de voces ocultas que lo enriquecen.

* * *

No es Asturias el primero en inventar una lengua combinando distintos niveles montaraces y citadinos, castellano antiguo aindiado y acopio en cada frase de vocablos vernáculos que dejan su sabor de especia, así que en otros narradores: pienso en los ecuatorianos, los peruanos, los bolivianos y demás. ¿Son una edad de nuestras letras? En Asturias hay organización con vigilancia y disciplina en la urdimbre, y, si no fue el primero en iniciarla, sobresale entre los primeros, sin que importe tanto el concepto de habla precisa. Es un manjar aindiado y castizo, una evocación de demencias guatemaltecas, condimentadas de acuerdo con eventual paladar precolombino.

* * *

Me encanta en Hombres de maíz, tiempo sin historia, nebuloso y lunar, que todo ocurra en lo primigenio de un mundo sórdido y al propio tiempo que realiza al indio, lo surrealiza, exhibe su metafísica, su orgullo y su herida grandeza. Me encanta que no haya prédica, sociologismo, comentario patriótico, histórico; es

neto, sin huella de ensayo, en lo mejor alejado del pensamiento racional de Occidente. No hay compromiso inmediato, ejemplaridad, didactismo y otros lastres mortales que han devastado a las novelas del género. Juzgo sobresaliente que ni los personajes ni los espacios sean reales. Sus indios no existen sino en su novela. Con tal negación estatuye sus mejores personajes y escenarios. Aquí me encantan las plumas coloridas, las hablas, tanto como los sucedidos fabulosos. Obra irreplicable, que al así considerarla, deseo destacar sobre otras creaciones suyas de tal índole. Escribir Hombres de maíz llena una vida, la vida de un gran escritor.

* * *

En vez de tanto discurrir pensé alguna vez hubiese sido mejor entrar a saco y enseñar metáforas singulares y exóticas o cien giros idiomáticos típicos de la manera de decir sus cosas. ¿No es Hombres de maíz una prolongada tormenta de metáforas? Ello me es patente en sus escenarios, en su teatralidad: es un incendio mítico el que nos comunica y torno a mi preocupación central: la escritura, dando zancadas sincréticas, con intuiciones de lo celeste y de lo infame, siempre con color y texturas; suelo ver su lenguaje como las telas indígenas nuestras, organizadas con ornamentación encendida y simbólica, ricas de prosopeyas, de ecos, de juegos fónicos y muchas otras danzas.

* * *

En esta novela innovadora, creadora de patria, su esfuerzo por lo sustantivo en lo tribal o rufianesco, su afán de rumia a lo largo de las páginas es acierto de ritmo con plétora de nexos umbilicales; y es obra circunscrita con la validez de la universalidad de lo fantástico, en la cual adivino que anheló guatemalizar cada sentencia que fluyese de su pluma, anheló que no entiendo cabalmente.

* * *

He rozado algunas particularidades, entre las cuales quiero advertir que al releer Hombres de maíz mis impresiones son intensas y efímeras, aguantando cierto apuro en la tupida selva cuya vernaculidad incisiva me atrae y exaspera. La doble sensación de seducir y de apartar de mí la asumo absorto y no sé si ello acontece con los lectores guatemaltecos. Después del milagro que es Popol Vuh, Hombres de maíz es un intento amoroso de volver a las raíces de la poesía del indio y a su entorno, ajenos a la tradición de la novela que se basaba en representar la realidad más que en trascenderla por la invención poética.

* * *

¿Leen mejor esta novela quienes no son compatriotas? Manifiesto la imposibilidad de una autoconciencia indígena, leyéndolo en su sentido lato y también a contrapelo: Asturias, parececo olvidarlo, quiso alcanzar esa esencialidad sin jactarse de ser dueño de tal conciencia indígena o de haberla alcanzado. Se vio a sí mismo, y yo considero que los poetas que mejor se comunican son los narcisistas: en ellos el lector se delega.

* * *

De Hombres de maíz no hablaría de una literatura oral, si bien no toda literatura es escrita; sí hablaría de un estilo de memoriosas tradiciones verbales, de una celebración secular, como la del Rabinal Achí, pero sin tal cortesía no exenta de rudeza; por el contrario, muy cumplida y refinada, ajena a los monótonos parlamentos de este ballet-drama quiché. Es el estilo de oralidad que pasa a la escritura con búsqueda de sonoridades e invenciones prodigiosas. La practicó tanto Asturias que asturianizó su estilo, sin saberlo se copiaba, sin sentirlo se caricaturizaba. La oralidad de Hombres de maíz no es la que no conoce la escritura; es la oralidad aventurera que surge de tanto conocerla sabiamente. Vocación de lectura perlocutoria que Miguel Ángel Asturias no olvidaba ni aun cuando leía noticias en su radioperiódico.

* * *

Las novelas. Fue un poeta quien escribió Hombres de maíz, un poema; y escribió otros poemas. Yo celebro esta obra por la realidad siempre subvertida en ella. La aparto de las novelas indigenistas, después de haberla observado en tal familia, y la sitúo entre las grandes obras de la narrativa fantástica del continente.

* * *

Los episodios vitales de Asturias erigen su complejidad, crean relaciones que no podían acontecer sino en la atmósfera de dictaduras que vive, que lo rodean en la realidad y en su imaginario. Esta atmósfera de pesadumbre y brujos la respiro en Hombres de maíz, la misma o semejante a la de todos sus libros, con olor a decaimiento, a nardo, a eclipse y a miseria, es el olor de Guatemala, olor a miedo más que olor a caoba, a cedro, que captó Neruda. En Hombres de maíz, yo compruebo que bajo su sintaxis india, bajo su palabra matinal, existe erudición invisible y una labor damasquinada del habla, cuando se alcanza una forma es porque ya maduraron las ideas. Esta obra, de realidad transfigurada, permite verla dentro de un ámbito universal.

* * *

Late en el libro el trauma de la Conquista, de caciquismos remotos, de sometimientos y rebeliones que se ponen de manifiesto en la vida de los mitos y en la vida real de nuestros días. Es un compendio de la opresión mítica y de la opresión real, el gran tema de Asturias, presente en todos sus libros y en toda su vida.

* * *

Lo popular fue sabiduría de Asturias. Ha tenido muchos prosélitos, para desgracia de ellos. Lo que en él es naturaleza en los otros es miseria y sombra. Su honda invención anida en su espíritu, y no en la búsqueda pintoresca. Siendo tan personal, su escritura es colectiva.

* * *

El indio es candor, valor, color, sabor, amor, dolor de Guatemala. Sin el indio Guatemala sería bella en naturaleza pero no sería tan honda y mirífica. Lo indio, más que una sávida especia, es mítico cantar que escucho embelesado. Yo adivino que a Miguel Ángel le causaba sorpresa sin tregua que no cupo en sus vastos papeles. Tal sentimiento hace que se desborden sus palabras acezantes sin asir la maravilla siempre a punto de ser alcanzada. Esa derrota pírrica es Hombres de maíz. Toda gran obra es un desencanto. A Guatemala la crean día con día las manos de los indios en las llanuras y en los bosques, en sus ranchos, y la crean sus desnudos pies en los caminos. Esto es lo que vemos. La difícil belleza de Hombres de maíz se erige en sus indecibles y en sus imaginarios. El fin en sí mismo del arte es el mejor medio para cumplir sus fines.

* * *

La imagen mía de Miguel Ángel la recapitulo con palabras de Marcel Schwob: «Una de las glorias de Flaubert será la de haber sentido con tanta intensidad que la gran fuerza creadora viene de la oscura imaginación de los pueblos y que las grandes obras de arte nacen de la colaboración de un genio con una tradición anónima».

* * *

A la memoria de Miguel Ángel Asturias ofrecí un ramo de plumas de quetzal.